

tantas veces obligado á transigir con los protestantes, ora por la guerra de Francia, ora por la guerra con el Turco. El catolicismo, si no se reforma en este período, porque reformarse hubiera equivalido á morir, dada la terrible lucha con los protestantes, se organiza, y en la organizacion encuentra múltiples y poderosas fuerzas. La inquisicion, el jesuitismo, Felipe II, hé ahí los factores vivos del Pontificado católico. Si el mundo europeo, en sus dos grandes naciones centrales, Alemania é Inglaterra, tan adictas al catolicismo, se le apartaban, surgian por una compensacion providencial aquellas regiones americanas inmensas, innumerables, varias, y en las cuales reinaba en absoluto el rey español que tenia como el mas noble de sus títulos el de protector de la fe católica en toda la redondez del planeta.

CAPITULO VIII

EL JESUITISMO Y EL GERMANISMO

Las victorias de la raza latina sobre innumerables gentes y la dilatacion de sus dominios en los mares por el hallazgo de tantas regiones diversas, contribuyeron mucho á los desenvolvimientos de la idea jesuítica, cual contribuyeron al apostolado de la importantísima obra. Sevilla de un lado y de otro lado Lisboa, llevaban á las Indias orientales y á las Indias occidentales, con el Verbo de la civilizacion moderna, el espíritu de la Iglesia católica, y con el espíritu de la Iglesia católica, las primicias de la órden jesuítica. No hubo en la historia coyuntura tan propicia para ejercer el apostolado como la coyuntura que ofrecian los descubrimientos de Portugal y España. Penetrado Ignacio de tal creencia, impulsó á los suyos para que, presentándose á una en la corte de Toledo y en la corte de Lisboa, moviesen los respectivos gobiernos á la proteccion y amparo de su activa propaganda. Aquel célebre doctor Diego de Govea, ya conocido por nuestros lectores, que dispuso azotar á Ignacio en el colegio de Santa Bárbara de Paris, vista la gran obra del aborrecido alumno, influyó en D. Juan III de Portugal, para que abriese á la Compañía las Indias. Salieron, pues, de Roma para Lisboa, el maestro Simon y el maestro Javier. Este último tenia de tal suerte los sentidos embargados por aquella empresa, que diariamente soñaba con alguna cosa extraordinaria. Creíase unas veces en abandonada selva, como si estuviera solo en el mundo; creíase otras veces trayendo á costas un etíope ó un indio, cuyo peso le abrumaba las espaldas y le mareaba la cabeza.

Por fin á 7 de abril, y en el año 1541, embarcóse Francisco Javier en la nao

capitana, que llevaba al gobernador Martin Alonso, dando principio á sus célebres misiones en las Indias orientales. Simon Rodriguez se quedó en Lisboa para doctrinar á Portugal; mientras su compañero se iba, en alas de los vientos y de las ondas, á doctrinar el Asia. Por aquellos mismos dias llegaron á Irlanda como nuncios apostólicos Alonso Salmeron y Pascasio Broet. Muchos peligros corrieron los dos apóstoles jesuitas en esta mision delicadísima. Ofendidos los protestantes ingleses de su predicacion ortodoxa en tierra tan preparada para la ortodoxia, persiguiéronlos y acosáronlos, llegando al extremo de comprar piratas para que los cautivaran y los llevaran cautivos á su presencia. Pensaron varias veces, para huir de tales amenazas, pasarse á Escocia. Mas ganada esta nacion al protestantismo tambien, desistieron de su empresa y pasaron á Francia. Ni aquí tuvieron paz. Aunque vestidos pobremente, viajando á pié, y sin provision alguna de viático, pobres y desamparados, como hubieran roto en guerra Francia y España, tomáronlos por espías y metiéronlos en la cárcel pública.

Coimbra tuvo el primer colegio de la Compañía, gracias al trabajo del maestro Simon Rodriguez. Desde Coimbra pasó á Goa una parte de la Compañía, y desde Goa pudo ejercer sábiamente su apostolado en todas las extremas regiones orientales. Así como Salmeron habia ido á Irlanda, su compañero el padre Lainez fué á Venecia. Y como allí diera con el prior Lipomano, en quien se juntaban la virtud y el saber, alcanzó de él que se fundase el colegio de Padua, donde tanto poder habian de conseguir los jesuitas, merced á la virtud del trabajo y á la virtud del tiempo. En 1542 llegaron tambien á Flandes, porque habiendo roto una de las innumerables guerras entre Francia y España, tuvieron necesidad imprescindible de abandonar Paris y refugiarse al abrigo de la dominacion española en tierras imperiales.

Crecian los adeptos en poder é influencia, y llamaba la juventud, seducida por aquel apostolado y aquella vastísima organizacion, á la puerta de los colegios jesuíticos. A este fin, al fin de aumentar la Compañía, pidió Ignacio que le dejasen admitir discípulos sin tasa, ni número, y le dejaron. Los colegios crecieron á porfía; la Universidad de Alcalá, que tanto se opusiera un tiempo al desarrollo de la nueva doctrina, movióse por un apóstol sin letras ni ciencias como Villanueva, y fundó un colegio bajo el amparo de los marqueses de

Mondéjar, tan poderoso y fecundo, que lo consideró la posteridad como el vivero de los jesuitas. Por los mismos dias el padre Jerónimo Domenech presentaba en ofrenda voluntaria sus riquezas á San Ignacio, riquezas ofrecidas para fundar con copiosos recursos un colegio nuevo en la hermosísima Valencia. Celebróse por aquellos dias el matrimonio de Felipe II con María de Portugal, y como viniesen varios jesuitas en compañía de la novia, prevalecieron de aquella favorable coyuntura para extender la nueva doctrina por el riñon de nuestra España.

En estas murió Fabro, á quien podia llamársele, con motivo, el segundo San Ignacio. Roma lo envió á Lisboa, y Lisboa lo envió á Gandía. Dominaba en esta ciudad el célebre Francisco de Borja, caballero perteneciente á la ilustre familia, que se asentara en el trono de la Ciudad Eterna y en varios otros inferiores á este tan excelso, pero famosos y brillantes. La tradicion cuenta que habia visto á la Emperatriz Isabel en su juventud, en su gloria, en su poder, cuando resplandecia con resplandores indecibles al lado de su esposo, Carlos V, en el mundo, como brillan la luna y el sol en el cielo. Aun dice mas la tradicion, aun dice que Francisco de Borja sintió por la Reina de España y por la Emperatriz de Alemania una inclinacion, que nos vedan llamar amorosa los respetos monárquicos de quien la concibió y las virtudes domésticas de quien supo inspirarla. Y en efecto, nosotros no podemos juzgar de la hermosura de Isabel, sino por los retratos que nos ha trasmitido su tiempo; y comprendemos tales pasiones, al ver aquel ovalado rostro, la espaciosa frente, los rubios cabellos recogidos en largas trenzas, los ojos azules, los rosados labios, el aire majestuoso y la inteligencia y la bondad resplandecientes en toda su persona. La pluma y el pincel, la religion y la filosofía, en competencia, de antiguo, han descrito la sorpresa de quien la viera un dia deslumbradora en las cimas del trono y al poco tiempo yerta en las tablas del ataud. Lo cierto es que á tal impresion se atribuye la entrada en los jesuitas de Borja por el sentimiento universal. Rico, apuesto, valeroso, noble, inteligente, agasajado por todo el mundo, abdicó estos privilegios para vestirse la humilde sotana jesuítica, y llamó al padre Fabro para que le auxiliara en el empeño de fundar nuevo colegio por los jardines de Gandía. Fabro corrió al llamamiento del duque, y pasando para negocios propios de

aquel su trabajo á Roma, en Roma encontró la muerte, cuando apenas tenia unos cuarenta años.

Saboyano, mostraba todo el vigor agreste de sus altísimos y riscosos montes. Hijo de humildes labradores, su baja extraccion y hereditaria pobreza le movieron y estimularon á la vida monástica. Sus biógrafos, con ese candor propio de los cronistas conventuales, refieren que, á los siete años ya sentia vocaciones milagrosas, y que, á los doce, ya expresaba ferventísimos votos de castidad, achacándole á una el saber en edad tan temprana é inocente cómo se podia no ser casto. Lo que puede afirmarse con verdad es su propension congénita é incontrastable al retiro. Mil veces pensó en vivir entre las horribles asperezas de los penitentes y alimentarse con yerba. Sus escrúpulos crecian á medida que crecia él en años y le desasosegaban con profundísimo desasosiego. Fabro fué para Ignacio lo que Juan para Cristo, el discípulo predilecto. Envióle, pues, de Paris á Roma, de Roma luego á Parma, de Parma por fin á la rebelde Alemania, de Alemania á España, con lo cual ganóse las amistades de Alberto, cardenal de Maguncia, y de Othon, cardenal de Augsburgo, igualmente que la enemistad de grandes heresiarcas cual Bucero y otros. Su palabra consiguió para la Compañía de Jesus al padre Pedro Canisio, y para la religion de los cartujos al huésped que le aposentó y le alojó en Maguncia. Las fatigas de sus viajes y las fiebres palúdicas de Roma lleváronle á mejor vida el año 1546. Y así como la muerte de la Emperatriz Isabel fué causa primera de que Francisco de Borja entrara en la vida de los religiosos, la muerte del padre Fabro fué causa ocasional de que optara entre todos los religiosos por los jesuitas.

Y el apostolado continuó. Los duques de Nájera fundaron el primer colegio de Barcelona; y Juan Gonzalez, conservador del reino de Aragon, el primer colegio de Zaragoza. El maestro Simon Rodriguez recibió el cargo de padre provincial en el reino lusitano; y el maestro Doctor Araoz recibió el cargo de padre provincial en la monarquía española. Aquella Salamanca, tan cruel para Ignacio en los comienzos de su apostolado, protegióle mas tarde con grande proteccion, á pesar de la resistencia opuesta por muchos de sus varones mas doctos. Esta resistencia tuvo confinados á los jesuitas en humilde casilla durante mucho tiempo y retraidos de la sociedad y del mundo. Pero luego,

como quiera que la corriente general iba con grande ímpetu hácia ellos, abrióles su seno la Universidad, que tan despiadada estuviera con su fundador y maestro. Poseedora la Compañía de una casa matriz en Roma, de colegio en Bolonia donde aprendian y enseñaban los grandes jurisconsultos italianos, de otro colegio en Padua donde aprendían y enseñaban los grandes filósofos y naturalistas; con la casa de Coimbra para dominar el Oeste y la casa de Gandía para dominar el Este de nuestra península; con dos seminarios en los dos focos de la inteligencia española, ó sea en Alcalá y Salamanca, bien podian difundirse por toda la tierra y dominarla de incontrastable manera en su espíritu para evitar, ó por lo menos, disminuir el triunfo inmenso de la revolucion religiosa.

Ningun obstáculo amedrentaba el celo de tales apóstoles, dignos por su firmeza de la firmeza de su maestro. Llevados en alas de su fe, penetraron á una por los desiertos de Africa. Etiopía tuvo su patriarca en Juan Nuñez; y Tremecen su apóstol en Luis Gonzalez de la Cámara. El Congo mismo, petrificado en la idolatría, vió llegar aquellas cristianas gentes. Bien es verdad que sus predicaciones fervorosas no dieron fruto alguno, pero no por su esterilidad debe celebrarse y encarecerse menos lo grandioso del intento. Los cándidos cronistas de la orden refieren á una cómo se frustró su intento, pues mientras tuvieron al embajador del rey portugués cargado de presentes, anduvo todo bien, y así que les faltó, por haberse agotado los recursos, el don de regalar, cayeron en la cárcel: que la bautismal agua católica no podia pasar de la fuente al espíritu en aquellas bárbaras y salvajes tribus.

Entraron, por este mismo tiempo, es decir, por 1547, los jesuitas en Sicilia. Nuestro Virey, Juan de Vega, embajador antes en Roma, donde tratara mucho á San Ignacio, movió el ánimo de Mesina para que los llamase, y en Mesina establecieron la primera casa de probacion para criar novicios. A Mesina siguió Palermo y en Palermo citáronse doce jesuitas, á cuya cabeza estaba Diego Lainez, quien recabó las rentas del monasterio de Santa María de la Grotta al palermitano instituto. Venecia los vió entrar por sus puertas en 1549, merced á la influencia del mismo Lipomano, que los habia llevado á Padua. Y la Universidad de Ingolstadt y la corte de Munich tuviéronlos al poco tiempo, merced á sus duques Guillermo y Alberto, en mucho crédito y en grande valimiento.